

El libertador Pablo Neruda

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

Primero fue el Nobel para Gabriela Mistral. Más recientemente, el doctorado honoris causa de la Universidad de Oxford para Neruda. Dos grandes galardones internacionales para dos chilenos representativos.

Desde hace muchos años Pablo Neruda es el primer poeta vivo del mundo. Y quien más vigorosamente ha hecho avanzar el idioma español en el territorio de lo absoluto. Palabra dura y flexible la del gran chileno. Palabra que resiste el fuego, el hielo, el viento, el horror y el silencio. Palabra para las más vastas, ambiciosas y sorprendidas nominaciones. Palabra, en suma, que rebautiza la tierra. Neruda es la primera respuesta positiva de América, de la América que habla español, a la pregunta de la Eurasia milenaria. Con él tenemos derecho a hablar de tú a tú con las tradiciones más insignes. Porque otros en este hemisferio —el mexicano Octavio Paz y el argentino Jorge Luis Borges, por ejemplo— han purificado a tal extremo su idioma que han merecido festejo y alabanza en otras latitudes. Pero solamente en Neruda encontramos peso, dimensión, estatura de uni-

versalidad. Los vocablos afloran a la superficie de su poética después de un lento, tenebroso, obsesivo laboreo mineral. Y el testimoniador de *Residencia en la tierra* los pule después, les quita toda adherencia de feto geológico, dejándoles, apenas, esa fosforescencia que nos recuerda su origen vulcánico.

Y es la suya una poesía que en nada nos recuerda el cielo. Su pasión y su destino (en esto sus títulos son verdaderamente probatorios) se afincan duramente a la tierra. Sus temas centrales son el hombre, el tiempo, las ciudades, los litorales y las viñas. Y en ellos el trabajo y el sudor humanos. Olor a geografía habitada, padecida, laborada. Olor a racimos, a humo de leña, a alcobas donde el hombre duerme, cohabita, sufre o canta. Este es Neruda, el lenguaje y la visión de Neruda. El argos de nuestra era. De allí el sabor revolucionario de sus poemas. Pero no es la suya —por mucho afán de alinderación ideológica que quiera encontrarsele— una poesía política. Incluso, y a pesar del comunismo de su autor, no es esta, no puede serlo nunca, una faena de catequización política. La intención, es

cierto, se dirige a la conquista de determinadas simpatías en el orden social. Pero el desarrollo de los temas —un entrañable pacifismo que se detiene en los detalles al exaltar los objetos y el deseo de que el hombre purifique sus ojos para apreciar los dones que lo rodean o los dones que debe merecer— la hacen intemporal, le imprimen a esos redobles banderizos el orden secreto, la disposición y el resultado de la más alta poesía.

Esto en cuanto a sus carteles proselitistas. Los que le han servido, entre otras cosas, para su merecido prestigio tras la cortina de hierro. Porque el resto de su obra —los vastos episodios de la primera y segunda *Residencia en la tierra* o del *Canto general* o sus *Sonetos de madera* o sus *Odas elementales*— es un glosario himnico a la naturaleza, a la tristeza y el orgullo de haber sido encendidos, al misterio individual de vivir, al deseo de la especie de perdurar y avanzar. Lo que en principio fue en Neruda un goloso apogeo de los sentidos ha ido creciendo, tomando dura forma, apretándose en torno a un esqueleto temático. Porque de su primera visión fúnebre del mundo —en donde el gran poeta nos comunica el asombro de las cosas creadas en una especie de inmola-ción sacrificial— pasó a esa visión poderosa, fecunda, llena de irradiadora luz, en que el aire, los rama-jes, los caminos, la hermosura de las conversaciones corrientes, han quedado, para dicha de nuestros sentidos, dibujados en una atmósfera de oro.

Neruda es un Midas. Todo lo que toca lo convierte en poesía. Las

Odas elementales son una prueba mayor de que lo más simple, lo más inmediato, lo que aparentemente está menos llamado a suscitar la inspiración —un caracol, un diccionario, una silla, la madera de una puerta, una fruta en la mesa del comedor— es ya, en sí mismo, un poderoso elemento suscitatorio. Su *Oda a la cebolla*, por ejemplo, o sus más lejanos en el tiempo, pero siempre emparentados por la misma línea expresiva, *Entrada a la madera* o *Apogeo del apio*, tienen ese esmalte antológico que los hermana, a pesar de la humildad de sus ingredientes, con los rondelles y madrigales más exquisitos. El objetivo del primer lírico de este momento del mundo ha sido, pues, el de recordarnos a todos que la poesía no es otra cosa que la totalidad de la creación. Que lo mismo irradia en el guijarro o la estrella que en el humo que se escapa por un orificio del hogar o en el helecho que tiembla, ignorado pero fastuoso en su esquemática factura, en un tiesto del patio casero. La tarea de Neruda ha logrado quitarnos de la mente la idea, totalmente inhumana, de que hay una jerarquía lírica para mirar el mundo. Ya, y merced a hombres como él, no existen elementos poéticos y elementos a-poéticos. Existe la tierra. El furor, la desgracia, la sonoridad y la alegría de la tierra. Y todo esto ha sido rescatado, incorporado a nuestro sentimiento, por este libertador expresivo. Esto, todo lo que esto implica en lúcida meditación, en padecimiento, en fervor comunicante, creemos nosotros, es lo que acaba de serle reconocido, para orgullo de los americanos que hablamos español, por la Universidad de Oxford.